

POR NUESTROS MARES DEL SUR

On Numa, mi Tercer Oficial

Por
Raúl TORRES Rodríguez
Capitán de fragata (R)
Armada de Chile

Cuando subí al puente de mando, habíamos perdido de vista los cerros porteños. Al zarpar ocho horas antes, desde sus cumbres infinidad de luces blancas parpadeaban como pupilas de mujer; eran como un millar de pañuelos que se agitaban en la obscuridad de la noche para darnos el último adiós. La tripulación, lampazo en mano, se dedicaba a hermohear la niña nave que enfilaba al sur en demanda de los canales patagónicos. Su destino, Río de Janeiro en viaje directo.

Era una hermosa mañana primaveral. El "Huamblín" se mecía plácidamente en un mar intensamente azul. Un año atrás, un traicionero roquerío lo había aprisionado en las cercanías de Punta Arenas. Venía a Valparaíso con otra bandera. Hoy regresaba a las aguas del Atlántico que le eran familiares.

El primer oficial se paseaba nervioso de una a otra banda del puente de mando, mascando la colilla de un cigarrillo; apenas me vio aparecer, se acercó para darme cuenta de un altercado tenido con el tercer oficial, al recibirse de la guardia a las cuatro de la mañana; éste le había faltado el respeto y debería ser sancionado de inmediato, pues dicho oficial, llegado al buque casi en el momento de zarpar, debería comprender que la más severa disciplina imperaría a bordo durante los largos meses que la nave permanecería en puertos extranjeros. Al primer oficial, se le debía tanto o más respeto que al propio capitán. Su exaltación nerviosa me hacía difícil comprender en qué había consistido el desacato.

Cuando lo entendí, hube de mordirme para no lanzar una carcajada. Al recibirse de la guardia alcanzó a divisar las luces de un vapor que momentos antes había pasado de vuelta encontrada por la banda de estribor; entró a la sala de cartas y se impuso de cuanto el oficial saliente había escrito en el bitácora y que consistía en tres simples palabras: "guardia, sin novedad".

—Mire, tercero— interrogó— Ud. ha escrito en el bitácora, "guardia, sin novedad". ¿Acaso el buque que acaba de cruzarnos por estribor, no es novedad para Ud.?

—Buena cosa, mi primero, había respondido el oficial: ¿de cuándo acá el que pase un buque en la mar es novedad? Si hubiera pasado una carreta con bueyes, tenga la seguridad que habría escrito: "carreta con dos yuntas de bueyes, por la cuadra de estribor".

Yo no conocía a "On Numa", como cariñosamente llamaban los oficiales mercantes a don Numa Navarro, eterno tercer piloto. Llegó al muelle en los momentos que nos alistábamos para zarpar y, a instancias de los demás oficiales, acepté que firmara el rol, completando así la dotación del buque.

Alto, enjuto, algo curvado, aparentaba unos cuarenta años. A pesar de haber pasado su vida en el mar, no obstante sus grandes condiciones marineras, y sus innegables conocimientos del arte de navegar, sólo tenía título de tercer piloto. Jamás había querido rendir pruebas para su ascenso. Aun cuando observar el sol o las estrellas, calcular un punto a mediodía, o un Saint Hilaire, eran cosas de juguete para él; aun cuando se "abanicaba" con los logaritmos o tablas náuticas —según sus propias expresiones— jamás logró reunir en un cuaderno los cálculos mínimos que exigía la severa comisión de la Dirección del Litoral para aceptarlo a exámenes. Eso no: era suficiente para él su título que llevaba con orgullo y los emolumentos asignados a su rango le alcanzaban perfectamente; si alguna vez se sentía corto de dinero, mandaba un radiograma al mayordomo, allá en su fundo en las orillas del Bío-Bío, para que a vuelta de correo le remitiera el producto de un novillo bien gordo.

¡Y era un gran marino! Formado en las cubiertas de vetustos veleros, ocasio-

nalmente navegaba en otro tipo de naves. Cada dos o tres años, se daba un descanso, regresando sencillamente a sus tierras allá en las orillas de ese gran río que lo vio nacer. Jamás olvidó la casa paterna, donde había pasado su niñez, cuyas tierras heredó a la muerte de sus padres en su calidad de hijo único. Cuando un ligero contratiempo lo indisponía a bordo, o simplemente cuando el aire campestre o el olor a boldos lo llamaban, tomaba sus "trapos" y a los pocos días se presentaba en el amplio corredor de la casa campestre.

—¡Acá...! ¡"Guardián",... "Vela-cho",... "Gavia",... "Timonel"...!

Los perros saltaban rodeándole cariñosamente; no olvidaban al amo que un día cualquiera los volvería a dejar.

Algunos meses después, cuando el norte golpeaba violento, remeciendo la arboleda o quebrando ramas a los amarillentos álamos, daba un adiós a perros e inquilinos, tomaba su sobretodo de cuatro puntas —así llamaba su viejo poncho de castilla— y sin decir a nadie hacia dónde se dirigía, se presentaba en un puerto cualquiera: Lota, Valparaíso, Talcahuano... le daba lo mismo; allí firmaría un nuevo rol, como tercer oficial, en un barco cualquiera.

Pero las más de las veces, una voz que se entremezclaba entre los verdes naranjales parecía llamarlo a sus amados veleros. Entrecortados versos marineros llegaban a sus oídos: "Capitán, capitán, ¿por qué no sales al mar? Iza pronto las velas de tu barco y te vas...". Entonces, su destino era Puerto Montt; allí estaban esos viejos Oelckers, esos gringos armadores legendarios, incansables armadores de veleros. Ellos no le negarían un puesto a bordo de la "Guaitecas", la "Calbuco", o quizá la "Nelson". Allí estaría en su verdadero ambiente, en su legítimo ambiente; allí se codearía con hombres de mar que hablaban su propio idioma, el lenguaje de las jarcias, sabor a brea, a jugo de filástica. Soñaba entonces atravesando una vez más el Cabo de Hornos o el de Buena Esperanza. También se mezclaban en sus sueños aquellas noches de su adorado canal de Tenglo, con sus decenas de embarcaciones durmiendo como sirenas desnudas, mientras el norte arrollador les remecía las trenzas.

¡Y era un gran camarada! Simpatiquísimo, gran charlador, dueño de un inmenso caudal de anécdotas vividas tantos años sobre la cresta de las olas. Las narraba en medio de grandes carcajadas de los contertulios. Muchas eran aventuras reales, vividas a través de más de un cuarto de siglo pasado junto al mar; las más, eran simplemente inventadas. Alternaba así sus cuentos que a la postre eran grandes mentiras narradas con tal naturalidad que sólo restaba aceptarlas y celebrarlas debidamente. Innumerables veces lo escuché embelesado durante la "guardia del perro".

En los mares australes era como esas grandes aves —los albatros— conocedor profundo de canales y fiordos.

—Los albatros —decía— se reúnen una vez al año en determinados puntos de los mares que les son propios, como homenaje a los hombres de mar que un día encontraron sepultura en esas latitudes. Los marineros los admiramos —agregaba— sin ese odio o rencor que se tiene a los cuervos, porque éstos, cuando cae un hombre al mar —vivo o muerto—, le devoran los ojos. Los albatros nos protegen con sus alas inmensas.

Así era él. Calado con su sobretodo de cuatro puntas, su silueta resaltaba en las noches tempestuosas, o se proyectaba sobre las montañas agrestes, con la majestuosidad de un albatros.

Seis meses antes de embarcar en el "Huamblín", había abandonado el "Huafo", en el cual permaneciera un año navegando entre Brasil y Argentina. Había razones sentimentales que lo llamaban una vez más a esas latitudes.

Pero On Numa tenía un defectillo que a no mediar sus reconocidas condiciones como oficial de puente, pocos capitanes lo habrían tolerado a bordo más de treinta días: era, en los puertos, excesivamente aficionado a "las fiestas". Conocido en todos los bares y cabarets, o en aquellos rincones "donde se golpea fuerte", en todos los puertos de todos los océanos, apenas su barco atracaba a los malecones, desaparecía por tres o cuatro días, después de los cuales regresaba a bordo para desplomarse en su angosta litera. Mas, en la mar, el capitán podía estar seguro que la guardia del tercero sería perfecta. Si alguna vez necesitaba co-

nocer la exacta posición de la nave, de día o de noche, bastaba con llamarlo; él, sextante en mano, cazaba el sol entre nubarrones o descubría estrellas casi imperceptibles, para, a los pocos minutos, trazar un punto sobre la carta de navegación que indicaría la posición exacta.

Cumplida nuestra primera misión en Río de Janeiro, regresamos al sur para tomar un cargamento en Santos, con destino a Buenos Aires. Sobre los malecones del bullicioso puerto, los rayos caían hirientes. No se apreciaba la más leve sombra; todo era inmovilidad, quietud profunda. Ni siquiera podía oírse el suave murmullo de las olas azules que morían cansadamente sobre las piedras.

On Numa desembarcó inmediatamente. Tratando de esquivar el sol quemante corrió al alcance del "bonde" 15 que en esos momentos cruzaba en dirección a Plaza Maua.

¡Qué de recuerdos surcaban su frente en esos momentos...! Los brasileños tienen una palabra para expresar esos sentimientos: "saudade". Un poeta al definirle escribió: "Saudade e viajar da novo as estradas, percorridas, vendo os cardos de ilusao, florindo as novas feridas..." Para el hombre de mar, aún cuando haya recorrido todos los océanos, el llegar nuevamente a un puerto es siempre interesante. Las horas vividas en él, quedan marcadas como un asterisco más en la ruta de los recuerdos. Pero este signo más o menos intenso, se borra con el tiempo como la sonrisa de las mujeres que le cruzan el camino. Pero esto, diríase que no es lo mismo para quien haya pasado horas o días en suelo brasileño: siente al alejarse algo enteramente distinto, tan profundo, que sólo puede expresarse con esa palabra nacida bajo ese cielo, sobre esos mares de ensueño, sobre esas arenas candentes de luz y poesía: saudade.

On Numa, llevaba una idea fija y a los pocos minutos abandonó el tranvía. Giraban aún en su mente las noches pasadas en el puente de mando durante los quince días que durara la travesía entre Valparaíso y Río. Entonces, sólo había visto cielo y mar; sus únicas expansiones espirituales consistían en admirar las estrellas que le eran familiares; todas eran

la imagen de sus amigas lejanas: Rolland, Helena, Vera, Julia María, parecían acompañarlo en sus noches solitarias.

En estos momentos, caminando con rapidez por calle Comendador Martín, sólo pensaba en Georgina. Pronto llegó al número 8. Era tal su nerviosismo que no advirtió que la casa estaba vacía: lo indicaban sus grandes ventanales herméticamente cerrados y la gruesa cadena con candado que aseguraba la puerta de rejas del pequeño jardín. Abatido, silencioso emprendió el regreso al centro de la ciudad. ¿A quién recurriría para saber de su hermosa amiga? ¿Qué sería de ella, dónde se encontraba, pensaría en él; conservaría como él el recuerdo de sus últimos momentos vividos intensamente? Pero no: ya estaba en Santos y la encontraría aunque tuviese que investigar casa por casa, café tras café, dancing tras dancing, noche tras noche.

Transcurrieron días y noches, ¡todo era inútil!, Georgina no aparecía en parte alguna; mas, una tarde, mientras bebía varias copas con un asiduo parroquiano del "Bambrino", tuvo una información cierta, aunque dolorosa.

—La conocí bien, buen amigo, y supe de sus amores. Cuando usted la dejó definitivamente para regresar a su patria, ella siguió yendo a los malecones del puerto, semitransornada al parecer; gesticulaba, hablaba sola semi sollozando pronunciaba una sola frase: "e'cedo ainda". Sí, para ella que esperaba que usted regresara, era pronto todavía. Una tarde, los guardias del puerto la detuvieron y un coche ambulancia dio con ella en una casa de insanos". De inmediato, On Numa se dirigió al asilo. Acompañado de una hermana de caridad, entró a su alcoba. Allí estaba ella, acodada contra un ventanal con la vista clavada hacia el sur; desde sus hermosos ojos caían lágrimas inagotables y de sus labios semidormidos, brotaban palabras incoherentes que parecían decir eternamente: "E'cedo ainda".

Cumplida nuestra larga misión en el Atlántico, regresamos a Pancho. Mi tercero nos acompañó algunas semanas más a bordo, pero un día, como muchas veces, tomó su "sobretodo de cuatro puntas" y nos abandonó.

Pasaron varios años. Una tarde lo encontré saliendo del muelle del Barón; desembarcaba en esos instantes del "Matías Cousiño". Nos dimos un estrecho abrazo y como no podía ser de otra manera, hube de acompañarlo a un obscuro chiribitil del barrio El Almendral. Allí, al calor de algunas copas, charlamos largamente. Al tratar de despedirme, se iluminaron sus ojos:

—Los líquenes están en flor, mi capitán —expresó—; y mi capataz en su última carta me cuenta que la "Mesana" tuvo un nuevo potrillo y que la "Gavia" dio siete cachorros al "Velacho". Quiero conocerlos.

Me aseguran que duró pocos días más a bordo y una vez más abandonó su vieja litera marinera para regresar a sus tierras, allá a las orillas del Bío-Bío.

Los campesinos celebraban a grandes carcajadas los cuentos de su querido patrón, ese auténtico "lobo de mar"; gozaban oyéndole sus aventuras amorosas, sus arriesgadas proezas marineras.

On Maño, el viejo capataz, siguiendo la costumbre establecida, preparó un rodeo para celebrar debidamente el regreso de su amo tan querido de todos. En la medialuna, él mismo le haría collera; la "Botavara" y el "Penol", dos hermosos alazanes, serían los elegidos. On Numa, con sus largas piernas, sabía quebrar en la misma cruz del novillo, junto a las banderas de la empalizada.

Pero esta vez la "Botavara" estaba algo soberbia y no convendría clavarla, aunque el gran marino se hallaba tan seguro sobre una montura chilena como sobre la cruceta de una verga. Además, esa hermosa corralera era su favorita y sabría dominarla en cualquiera circunstancia.

La tarde se presentaba magnífica. Centenares de huasos venidos de los alrededores, se aprestaban a dar colorido a la fiesta. On Numa se bailó sus buenas cuecas, luciendo una manta colchagüina y haciendo tintinear las rodajas de sus grandes espuelas de plata auténtica.

Salió a la medialuna montando su corralera preferida, que realmente se mostraba nerviosa, corcoveaba, tascaba el freno con rabia. Un novillo aclavelado arrancó por entre las bestias mismas. El

valiente marino-hacendado clavó espuelas, seguido por su capataz; justamente entre las banderas, quebró la cruz brillante del novillo, ejecutando una "atajada" maestra que le valió soberbios aplausos y vítores de los asistentes: la "Botavara" había respondido a su sangre y su jinete demostraba una vez más su maestría. Pero la desgracia no estaba lejos. El, que supo defenderse mil veces en la mar; que en una oportunidad no sólo salvó su propia vida y la de sus camaradas, sino la de su noble barco —la "Guaitecas"— por allá en las alturas del Cabo de Hornos, cuando un violento temporal amenazaba destruirla; entonces él, cuchillo en boca, había corrido por las jarcias y penetrado el vientre de la gavia mayor evitando se tronchara el pa-

lo; no pudo esta vez evitar que su cabalgadura se diera vueltas enredada en su propio lazo desprendido del pegual. El animal cayó pesadamente sobre su jinete, hiriéndolo de muerte.

Esa noche, mientras On Numa agonizaba, se desencadenó un violento vendaval del norte. La consternación de los campesinos era indescriptible. El viejo marino murió plácidamente como él hubiera deseado: oyendo canciones de la tierra y sintiendo rugir el viento entre la arboleda, como entre las tensas cuerdas de sus veleros, allá por los mares del sur.

Esa noche lloraron lastimeramente los perros: es que la "Gavia", el "Velacho" y el "Timonel" se cruzaron con la muerte en los amplios corredores de la casa campera.

